

La guerra civil de Yemen y el futuro del Golfo Pérsico

29 de junio de 2015. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar. Yemen está siendo devastado por una guerra civil que se ha hecho mucho más sangrienta con la intervención extranjera. Arabia Saudí, en especial, actuando a la cabeza de una coalición de Estados árabes con el respaldo y equipamiento militar de Estados Unidos, está peleando por mantener su dominación sobre Yemen con tanta saña como si estuviera en juego el futuro de la Casa de Saud —y puede estarlo. Yemen es muy pobre, muy poblado, históricamente republicano y políticamente turbulento. En otras palabras, puede ser una amenaza a la estabilidad de la red de monarquías petroleras que gobiernan la población acomodada y escasa, de los demás países del Golfo.

De las dos ciudades principales de Yemen, una, la estratégica ciudad portuaria de Adén, en el suroccidente, se ha dividido en dos. Los refugiados han ocupado la parte occidental de la ciudad que está bajo control del viejo régimen respaldado por los saudíes, no necesariamente porque lo apoyen sino porque allí pueden escapar del bombardeo saudí. Las calles están llenas de cadáveres y basura; no hay agua potable y escasean la comida, el combustible y los medicamentos. La capital, Saná, en el centro occidente, considerada una de las ciudades antiguas más hermosas, está en manos de los rebeldes hutíes aunque sujeta a constantes ataques aéreos de los saudíes. En el centro del territorio hutí, en la provincia de Saada en el norte, cerca de la frontera saudí, las casas y otras edificaciones están siendo reducidas a escombros de forma sistemática.

Entretanto, EEUU, además de respaldar el viejo régimen, se encuentra también militarmente activo al suroriente, la parte menos poblada del país, lanzando ataques con drones y de otro tipo contra Al Qaeda —que irónicamente se beneficia de los ataques a los hutíes— y también matando civiles por montones allí.

Los ataques aéreos de la coalición liderada por los saudíes han matado a 2.600 personas y han dejado heridas a otras 10 mil. EEUU les “sugiere” blancos. Cerca de un millón de personas han abandonado sus hogares, según la ONU, que afirma que tres cuartos de la población del país está al borde de la inanición por el bloqueo naval que impide la entrada de importaciones de comida y combustible de los que depende el país. Este es otro aspecto de la estrategia militar diseñada para castigar y aterrorizar a la población. Enfermedades como el dengue y la malaria han empezado a extenderse. Mucha gente ha empezado a irse del todo de Yemen hacia el norte, a Somalia y Yibuti, y a Europa, uniéndose a los millones de refugiados expulsados de su tierra mientras sus países están siendo aplastados o destrozados.

La Primavera Árabe llegó a Yemen el 27 de enero de 2011, cuando miles de estudiantes y otros manifestantes empezaron a protestar en Saná. Las demandas iniciales eran contra el desempleo, la creciente pobreza y la corrupción, y también contra los planes de modificar la constitución de Yemen para permitirle a Ali Abdalá Saleh, presidente por más de 30 años, continuar gobernando, o que su hijo lo reemplace. Pronto los manifestantes le hacían a Saleh el llamado a emular a Ben Ali y Mubarak y renunciar.

En Túnez se dejó intacto el viejo Estado, así el viejo régimen pudo así regresar, y en el caso de Egipto esto fue mucho más obvio, con los saudíes y EEUU maniobrando bajo cuerda, pero Yemen ni siquiera experimentó la ilusión de una revolución. En noviembre de 2011 el Consejo de Cooperación del Golfo gestionó un acuerdo mediante el que Saleh le transfería el poder a su vicepresidente, Abdo Rabu Mansur Hadi, a cambio de que ni él ni su familia fueran enjuiciados.

Por supuesto, aunque las decisiones se tomaron en Riad y Washington, estas maniobras debían presentarse como la voluntad del pueblo yemení. En las elecciones presidenciales de febrero de 2012, Hadi, el único candidato, ganó con el 99,8 % de los votos. Al igual que en Túnez y Egipto, donde las elecciones también iban en contra de la revuelta popular, como resultado de este acuerdo, “la elite de Yemen en gran medida siguió intacta, las mismas familias y grupos tribales siguen controlando los recursos del país, las redes de clientelismo y las estructuras políticas. (Adam Hanieh, 2013, *Lineages of Revolt*, Haymarket Books, 2013). Pero a diferencia de Túnez y Egipto, la terminación del gobierno de Saleh hizo poco para apagar la revuelta.

El presidente estadounidense Barack Obama calificó a Yemen de modelo de transición pacífica en el Medio Oriente. Pero en agosto de 2014 el régimen comenzó a tambalear otra vez. Hubo varias semanas de protestas contra el gobierno desencadenadas por un alza sumamente impopular en el precio de los combustibles. Esta vez, los hutíes, un grupo tribal del norte que ha estado en rebelión contra el gobierno central du-

rante la última década, se involucraron mucho. Se apoderaron de Saná en septiembre de 2014. A comienzos de 2015, Hadi renunció y los hutíes se hicieron cargo del gobierno.

A finales de marzo de 2015 una coalición liderada por los saudíes inició el bombardeo a las posiciones de los hutíes. Aviones de combate de Egipto, Marruecos, Jordania, Sudán, Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Qatar y Bahrein tomaron parte en la operación. Somalia puso su espacio aéreo, sus aguas territoriales y bases militares a disposición de la coalición. Estados Unidos proporcionó apoyo logístico y de inteligencia, incluyendo la búsqueda y rescate de pilotos de la coalición derribados. Y también aceleró la venta de armas a los Estados de la coalición, incluyendo bombas de racimo, prohibidas por la mayoría de países porque están diseñadas para matar y mutilar a la gente dentro de una amplia área en vez de para destruir blancos específicos. Estas municiones han matado a cientos y herido a miles de yemenitas del común ya que han alcanzado escuelas, edificios residenciales, hospitales, mezquitas, estaciones de gasolina y otros blancos civiles. (Véanse los gráficos del *New York Times* en: <http://nyti.ms/1D2Kh9K>).

Arabia Saudí solicitó tropas de tierra a Pakistán, un país cuyo ejército es aliado de vieja data de EEUU y que está cada vez más hipotecado al dinero saudí. El parlamento paquistaní votó por mantener la neutralidad, pero de todas formas el país acordó proporcionar buques de guerra para ayudar a la coalición.

Muchos analistas y medios de comunicación tienden a resaltar el conflicto religioso entre sunitas y chiitas para explicar la intervención liderada por los saudíes en Yemen, haciendo referencia a los miembros de la coalición anti-huti como “Estados árabes sunitas”. Pero el control de Yemen siempre ha sido un asunto importante para Arabia Saudí. Tan solo dos años después de fundar Arabia Saudí, Ibn Saud, su primer monarca, libró una breve guerra con Yemen en 1934. Los detalles del conflicto nos son particularmente relevantes hoy pero su resultado fue el Tratado de Taif que por primera vez determinó oficialmente parte de la frontera entre los dos países. Desde entonces Arabia Saudí ha interferido continuamente en Yemen de diversas formas, desde respaldar a grupos monárquicos en la guerra civil de Yemen en 1962-1970, hasta castigar a Yemen por oponerse a la primera invasión de EEUU a Irak (1990-1991).

Por medio de “ayuda” oficial y no oficial (mediante sobornos a líderes tribales), la cuestión de la frontera y el fomento de la rama wahabí del salafismo (fundamentalismo sunita) asociada con el trono saudí, Arabia Saudí ha tratado constantemente de controlar a Yemen tanto como sea posible para impedir que se convierta en una amenaza a su propia estabilidad. La creciente islamización salafista del país bajo Saleh y los saudíes, que comenzó a mediados de la década de 1980, sacó a las mujeres de los mercados y de otros espacios públicos y las obligó a cubrirse casi por completo, junto con otras restricciones religiosas impuestas en una sociedad que era relativamente tolerante desde mucho tiempo atrás, tanto en las relaciones entre religiones (la mayoría sunita, chiitas, judíos y otros) como con la relación entre la religión y la vida pública.

El movimiento huti, también conocido como Ansar Allah (Partisanos de dios), dice que no busca tomarse el país de forma permanente ni convertir en religión del Estado las creencias de su minoría, la variante saidista del chiismo. De hecho, no todas las tribus hutíes son saidistas. Pero la religión es un factor importante, incluso en la cohesión del proyecto huti de ponerle fin a la exclusión de las elites tribales hutíes de la estructura central de poder y obtener el “pedazo del pastel” que les negó el régimen de Saleh.

Los intereses geopolíticos de Irán en busca de desbaratar los objetivos saudíes coinciden con las divisiones entre sunitas y chiitas. Pero si esta guerra civil ha tendido a seguir criterios religiosos no es porque la hayan atizado antiguas rivalidades entre gente de diferentes religiones que ya no se daban en Yemen, y ni siquiera el conflicto entre chiita y sunitas a escala internacional. En realidad, en el pasado Arabia Saudí ha perseguido sus intereses según criterios religiosos. Durante la guerra civil en Yemen (1962-1970), los saudíes, en alianza con el rey de Jordania y el Sha, de la mayoría chiita en Irán, respaldaron a los monárquicos chiitas contra la rebelión republicana mayoritariamente sunita.

Por lo menos en parte, la religión es un factor debido al creciente poder y la agresiva intolerancia del fundamentalismo islámico en general, y a que este elemento se entrelaza con los intereses geopolíticos de Arabia Saudí y EEUU, y en segundo lugar de los de Irán. Estos intereses están en aguda y creciente oposición con los del pueblo yemenita.

La economía de Yemen está construida en torno a una pequeña elite del ejército, las tribus, la clase política y el sector privado. El sistema clientelar se basa en la renta de las exportaciones de petróleo y el acceso a la recién liberalizada economía. Cerca de 10 familias y grupos empresariales clave con estrechas conexiones con el expresidente controlan más del 80% de las importaciones, la industria manufacturera, el procesamien-

to de materias primas, la banca, las telecomunicaciones y el transporte de mercancías. La mayor parte de la gente trabaja la tierra —aunque el agotamiento de las reservas de agua se ha convertido en una barrera para la agricultura— o son jornaleros en Yemen y en otros países del Golfo.

El aumentar la pobreza del pueblo es una forma en que la actual situación se conjuga con la muy importante ubicación geopolítica del país: el estrecho de Bab el-Manded, localizado entre Yemen y la península Arábiga, y Yibuti y Eritrea en el cuerno de África, y conecta el mar Rojo con el golfo de Adén. La mayor parte de las exportaciones del Golfo Pérsico que transitan el canal de Suez y el oleoducto bajo el Mediterráneo también pasan por Bab el-Manded. Es una conexión estratégica entre el océano Índico y el mar Mediterráneo.

Los saudíes exageran el papel Irán en Yemen para legitimar su intervención en este país. En realidad el respaldo iraní a los hutíes no es un factor principal en el caos de Yemen. El respaldo de Irán a los hutíes es reciente, y el bloqueo naval restringe su capacidad de suministrarles armas. Parece que Irán quiere usar su influencia como una carta en sus negociaciones con Occidente.

La guerra de Arabia Saudí en Yemen no sería posible sin el respaldo de EEUU. Washington está sumamente interesado por el control de los estrechos por los que fluye gran parte del petróleo del Medio Oriente. También le preocupan lo posibles peligros del fundamentalismo sunita en la región. Hasta el momento EEUU ha considerado que la principal amenaza a sus intereses en la península Arábiga la representa Al Qaeda, concentrada en el escasamente poblado suroriente de Yemen y es blanco de los ataques con drones de EEUU pero no de los ataques aéreos de los saudíes.

Así como los hutíes buscan formar, sobre cualquier base posible, una amplia coalición contra los saudíes y su actual títere, hasta con unidades militares del viejo régimen y ahora incluso, paradójicamente, con el mismo Saleh, Arabia Saudí parece estar feliz de permitir que Al Qaeda florezca en tanto tenga como blanco a los hutíes. Ahora el Estado Islámico (EI) ha entrado de forma dramática en la escena con carros bomba y otros ataques en Saná indicando su objetivo de exterminar a los “infieles hutíes”. Parece que entre la elite sunita hay respaldo al EI, pero el proyecto del EI de un califato es riesgoso para la monarquía.

Arabia Saudí, un lugar para la acumulación capitalista por sí mismo y que ya no un simple apéndice de EEUU y Reino Unido, tiene todo el interés en mantener el injusto sistema económico y social y sus estructuras políticas en Yemen. A su vez, Arabia Saudí y sus aliados del Golfo son pilares del orden político, social y económico que el imperialismo ha impuesto en el mundo árabe, así como fuente de perturbación de este orden. Todos estos factores se entrecruzan poderosamente con la religión, incluyendo el aumento del fundamentalismo en la región e incluso en el mundo.

Por tanto la posición de EEUU es compleja: aunque respalda a Arabia Saudí en esta guerra, sus objetivos no son los mismos y está interviniendo independientemente de los saudíes, de Qatar (donde tiene base una flota naval de EEUU) y su coalición.

Muchos de los jóvenes de Yemen, en un país en el que la mitad de la población tiene menos de 20 años, saben que no hay futuro para ellos en el sistema. Arabia Saudí lo sabe. Irán y EEUU también. Es por eso que Yemen se ha convertido en un foco de crisis, una fuente continua de convulsión en el Golfo Pérsico y el Medio Oriente en su conjunto, una región que cada vez se hace más y más explosiva. □